



Las venas de nuestra nacionalidad siguen sangrando

Hace algún tiempo escribí en esta misma sección editorial sobre el desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad. Hice ver entonces cómo en nuestra cultura ha madurado ya una mentalidad, una conciencia afectiva y un lenguaje para el sentimiento colectivo de amor a lo nicaragüense, mientras —por el contrario— en el ámbito político, aunque a veces se usa de prestado o por demagogia una terminología nacionalista, se sigue cultivando el sentimiento de tribu o de feudo de nuestro peculiar y primitivo localismo, que luego se volvió partidarismo, un partidarismo bárbaro que convirtió la idea o concepto de “partido”, que sólo debe ser un cauce legal para las opiniones políticas, en una especie de sub-país y de sub-nacionalidad que divide a Nicaragua, hasta el fondo, en una estúpida y artificial enemistad de tribus que en realidad no existen. Mientras todo nos une, mientras la cultura, las comunicaciones, las convivencias cada vez más estrechas insisten en nacionalizarnos, la política se obstina en tocar los tambores tribales. Así lo vemos en la aplicación de la Justicia, que es distinta para el partidario y para el adversario; así en las oportunidades socio-económicas; así en el trato de la autoridad; así en el pago de los impuestos. Para nuestro retrógrado partidarismo las fronteras no son geográficas sino políticas; quien no es del partido, si le va bien, es una especie de extranjero, y si no, es enemigo. Y esta situación es tanto más grave en el destrozo de la nacionalidad cuanto que en Nicaragua no existe un ejército nacional sino partidarista, lo cual significa que toda su fuerza armada la usa para hacer sentir al que no es del partido, su extranjería o su angustiosa calidad de enemigo.

Al institucionalizar ese trato bárbaro parece que olvidamos que la nacionalidad (o mejor dicho, el sentimiento de nacionalidad) no es un producto legal, ni es tampoco el producto de una retórica, sino de una conducta. El sentimiento de nacionalidad se intensifica o se disminuye si la vida del grupo nacional es fraterna o no, y si la cultura propia de la Nación es transmitida y participada por toda la comunidad o por muy pocos. Nosotros hemos perdido fronteras y territorios y gente, no por falta de juriaconsultos, sino porque no hemos sido nicaragüenses, sino pueblo dividido y enemigo, que no ha puesto su sentimiento ni enraizado sus vivencias colectivas en lo NACIONAL sino en “ismos” reducidos, enquistados y hostiles, primero localismos, luego partidarismos, luego personalismos dictatoriales y opresores, etcétera.

El sentimiento de nacionalidad se va formando con hechos y realidades convividas. Un nicaragüense se siente nicaragüense si su país le ofrece justicia y amparo; si su país no lo margina, sino que lo incorpora a los beneficios de la cultura; si su país le ofrece motivos frecuentes para enorgullecerse y cultiva aquellas cosas que excitan su fidelidad y su emoción paisanas. Pero si su país no le da escuelas, ni fomenta su cultura; si su país descuida cultivar los elementos que nutren la nacionalidad y no le enseña a conocer su historia, ni a conocer ni amar sus tradiciones, sus letras, sus artes; si su país lo golpea y lo esquilmia y lo sumerge en una ideología alienante; si su país se le hace sentir más como peso del poder sobre sus hombros que como fraternidad ¿Se encenderá en ese nicaragüense —salvo que tenga un alma excepcional— esa profunda devoción afectiva por el “nosotros” que constituye el verdadero sentimiento de nacionalidad? ¿No será más bien un candidato para agregarse, apenas pueda, a esos miles y miles de nicaragüenses que se han ido de su país para siempre a buscar en el extranjero un logro personal que les negó su patria?

Cuando me hice y escribí estas reflexiones, tenía ante mis ojos presente los informes oficiales sobre la situación del Río San Juan. Esos informes descubrían la deprimente marginación de esa zona en el aspecto educacional, en la desatención sanitaria, en los

créditos y protección a los productores, en comunicaciones, etc. Las comisiones enviadas entonces al Río señalaban alarmadas, entre otras cosas, el alto porcentaje de niños en edad escolar que estaban siendo atendidos por escuelas foráneas, o sea de Costa Rica y la corriente poblacional que se inclinaba hacia el lado costarricense. Todos estos datos y otros se recogieron, en un brote de nacionalismo, cuando se promovió un aparente conflicto con nuestra vecina del sur. Como entonces dije y hoy repito: no existe ningún conflicto con Costa Rica. Nuestra nacionalidad no tenemos que afirmarla contra nadie. El problema somos nosotros mismos.

Pues bien, todo ese cuadro fue en tiempos de lo que aquí solemos llamar paz. Ahora llegan a “LA PRENSA” comunicaciones sobre esa misma región que vuelven a poner de actualidad y al rojo vivo nuestra meditación sobre el partidarismo anti-nacional. A la represión indiscriminada que se siguió después del ataque al Cuartel de San Carlos, —ametrallando botes “sospechosos”, paralizando el trabajo, el comercio y la pesca— ha sucedido el acostumbrado ciclo de prisiones (informan que se usó el templo de San Carlos como cárcel) y un estado de desconfianza e intranquilidad y de trato hostil y de abusos con la población y sus propiedades. Se han recibido quejas concretas de destace y desaparición de ganados finos de raza y de dificultades casi invencibles en las comunicaciones. Mientras en la carretera a Masaya, al día siguiente del asalto había tráfico libre, en el Río San Juan es la hora y siguen exigiéndose salvoconductos, que no son gratis. El contraste del sentido “nacional” de los nicas y de los ticos lo revela el reciente viaje de la OEA a la región fronteriza. En Nicaragua la OEA viajó en avión de Managua a Morrillo —hacienda y campo de aviación personal de Somoza— y de allí viajó en helicóptero a San Carlos porque en ese puerto no hay una buena pista de aterrizaje. En cambio, el viaje de la OEA en Costa Rica fue directo, en avión, de San José a Los Chiles, donde hay una magnífica pista de asfalto con servicio aéreo diario.

Mi hermano José Joaquín Quadra, alarmado también por los informes llegados propuso como diputado en la Cámara una investigación inmediata de esta situación. En su discurso, publicado en LA PRENSA, hizo ver cómo, una política de represión podía destruir en poco tiempo lo poco que se ha hecho por desarrollar esa zona de tanta importancia nacional. Y agregó: “Mientras el Ministro de Gobernación costarricense llega a Los Chiles y se queda allí para darle confianza y tranquilidad a los moradores, mientras el Presidente de la República tico arenga a su pueblo diciéndole que la mejor manera de defender una frontera es desarrollándola, y abre su ayuda a los agricultores y pioneros que ya gozan de vías de comunicación aérea, terrestre, telefónica, etcétera, en Nicaragua, se instala la represión y se vuelve al cuadro invivible de nuestras viejas guerras civiles...” Etcétera.

El Río San Juan agudiza el problema que hemos planteado porque es una región fronteriza. Sirve de ejemplo porque inmediatamente se establece el contraste —y los que huyen y se van de un lado, del lado nuestro, empobreciéndolo, se pasan al otro lado, enriqueciéndolo— pero el cuadro se repite alarmantemente, en numerosas regiones nicaragüenses. La política y su sistema no detiene su proceso anti-nacional. El día 25 de octubre, anoté el informe de un corresponsal de Ocotal que hablaba de un fuerte movimiento de tropas en esa zona. Y cerraba su breve crónica con esta frase sombríamente ingenua: “Junto con el movimiento de contingentes militares se han visto entrar a la ciudad campesinos presos y esposados que son llevados al Comando”.

...La llaga es honda, muy honda. Y quien se desangra es la Patria.

PABLO ANTONIO CUADRA